

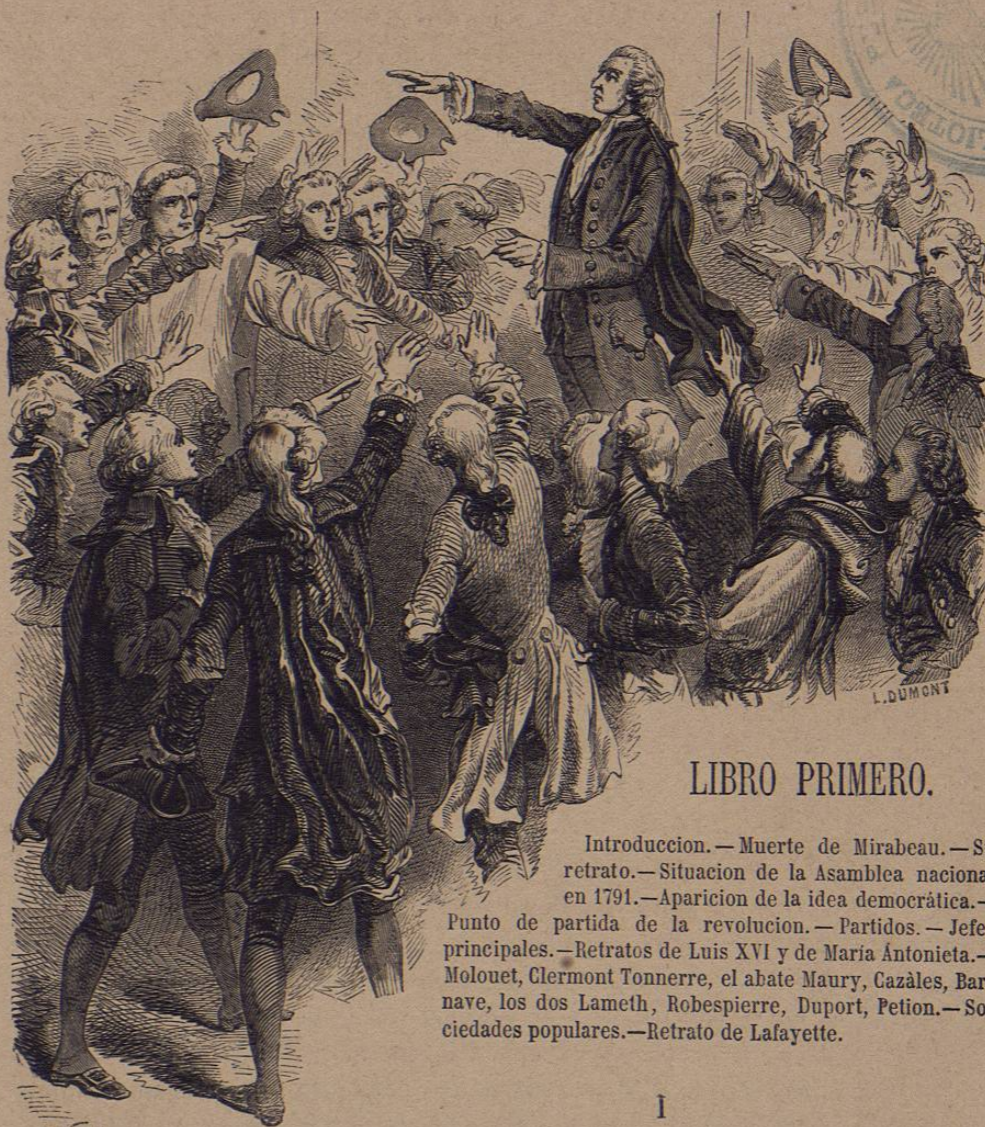
DC179

431

v. 1

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

HISTORIA
DE LOS
GIRONDINOS.



LIBRO PRIMERO.

Introduccion.— Muerte de Mirabeau.— Su retrato.— Situacion de la Asamblea nacional en 1791.— Aparicion de la idea democrática.— Punto de partida de la revolucion.— Partidos.— Jefes principales.— Retratos de Luis XVI y de Maria Antonieta.— Molouet, Clermont Tonnerre, el abate Maury, Cazales, Barnave, los dos Lameth, Robespierre, Duport, Petion.— Sociedades populares.— Retrato de Lafayette.

I

Juramento del Juego de Pelota.
(20 de Junio de 1789.)

Voy á escribir los hechos de un corto número de hombres que, lanzados por la Providencia en medio del drama más grandioso de la edad moderna, reasumen en sí las ideas, las pasiones, las faltas y virtudes de toda una época. Entrelazadas su vida y su política con la revolucion en estrecho lazo, la misma segur que separa sus cabezas del tronco, hiere mortalmente los destinos del país en que vieron la luz por primera vez.

Llena esta historia de sangre y de lágrimas, abunda tambien en provechosa enseñanza para los pueblos; nunca quizá se han verificado tantos sucesos trágicos en tan corto período; nunca tampoco se desarrolló con más rapidez esa correla-

cion misteriosa que existe entre los actos y las consecuencias de éstos; jamás se sucedieron con igual velocidad á las debilidades las faltas, á éstas los crímenes, y al crimen el castigo; nunca se ha manifestado con más evidencia esa justicia remuneradora que Dios ha colocado en nuestros actos como una conciencia más santa que la fatalidad de los antiguos; nunca, finalmente, ha brillado la ley de la moral con más esplendor, ni se ha hecho justicia á sí misma con mayor rigor. La simple narración de lo acaecido en solos dos años es el comentario más luminoso de una de las mayores revoluciones que hayan asombrado al orbe con sus estragos, y la sangre derramada en ella á torrentes, no tan sólo horroriza y causa compasión á un mismo tiempo, sino que es una lección ejemplar para los hombres de los siglos venideros.

La imparcialidad de la historia no es semejante á la del espejo, que traslada los objetos tales como los recibe; aseméjase sí á la del juez, que ve, oye y condena. Los anales y la historia son dos cosas muy distintas, y para que ésta merezca el nombre de tal, necesita tener una conciencia, porque más tarde llega á ser la del género humano. Una narración vivificada por la imaginación, madurada y juzgada por la prudencia, es la historia, tal cual los antiguos la entendieron, y tal como yo quisiera legarla á mi patria, si Dios se digna dirigir mi pluma para conseguirlo.

II

Mirabeau ha dejado de existir. Las turbas populares corren instintivamente y en tropel hácia la casa del tribuno, como si confiaran aún en las inspiraciones que creen van á salir del féretro que contiene sus restos exánimes; sin embargo, aunque Mirabeau viviese todavía, sería tan mudo como el mármol, cuya frialdad han adquirido ya sus miembros. El genio de aquel grande hombre se había eclipsado ante el de la revolución, y arrastrado hácia un precipicio inevitable por el carro que él mismo había lanzado, en vano trataba de aferrarse á la tribuna como única áncora salvadora que podía libertarle del naufragio. Las últimas memorias que dirigió al rey, y que con el secreto de su venalidad nos han sido transmitidas por la famosa *alacena de hierro*, manifiestan la decadencia de su inteligencia. Los consejos que hallamos estampados en ellas son versátiles, incoherentes y á veces pueriles. Ya se figura poder detener la revolución con un grano de arena, ya coloca la salvación de la monarquía en una alocución del trono ó en una ceremonia régia, como medio de popularizar al monarca. Otras veces se propone comprar los aplausos de las tribunas, y no vacila en creer que la nación se venderá con igual facilidad que aquéllas. La pequeñez de los medios de salvación no es comparable sino con la inmensidad progresiva del peligro. Ya no hay orden en sus ideas, y sólo se advierte en sus escritos que, forzada su mano por las pasiones que él mismo ha suscitado, y que ya no le es dado dirigir, trata de hacerles traición, aunque sin acabar de resolverse á volverles del todo la espalda. El terrible agitador aparece ya como un cortesano despavorido, que va á guarecerse á las gradas del solio, y aunque trata de pronunciar á media voz las terribles palabras de *nación* y *libertad*, únicas que á su papel convienen, se halla poseído de toda la pequeñez y señoreado por esa vanidad que ha tocado en suerte á los hombres de corte. Los grandes genios causan compasión cuando se les ve luchando con un

imposible; sin duda Mirabeau era el hombre más fuerte de su época; pero por grandes que sean los hombres, no aparecen sino unos insensatos cuando quieren oponerse á un elemento desencadenado. Su caída no es majestuosa si no les acompaña en ella su virtud hasta el último momento.

Pretenden los poetas que las nubes toman las formas de los países por donde pasan, bien sean llanuras, valles ó montañas, y que conservan esta figura en medio de los aires. Esta imágen es la de ciertos hombres, cuyo talento, que podríamos llamar colectivo, se modela sobre la época á que pertenecen y encarna en ellos la individualidad de toda una nación. Mirabeau era de estos hombres. El no intentó la revolución, pero la puso de manifiesto. Sin él, quizá no hubiera pasado del estado de idea y de tendencia. Nació, y la revolución tomó en él la forma, la pasión y el lenguaje; de suerte que, al verle, no podía uno ménos de exclamar involuntariamente: «Héla ahí».

Hijo de una antigua y noble familia refugiada y establecida en Provenza, aunque originaria de Italia, la sangre de Maquiavelo y el carácter bullicioso de los hijos de las repúblicas italianas era peculiar á todos los individuos de su casa. Las tendencias de sus almas son en ellos superiores á las categorías sociales que ocupan. Grandes hasta en sus vicios, así como en sus pasiones y virtudes, las mujeres son ó angelicales ó depravadas, los hombres sublimes ó perversos, y su mismo lenguaje es tan marcado y grandioso como sus caracteres. Hasta en sus más familiares correspondencias brilla el colorido y percíbese la vibración de las lenguas heroicas de Italia.

Los antepasados de Mirabeau hablan de sus negocios domésticos como Plutarco de las contiendas de Mario y de Syla, ó de las de César y Pompeyo. Estos hombres se hallan fuera de su elemento cuando tratan de cosas de poca monta. Mirabeau respiró esta majestad y virilidad doméstica desde la cuna. Insisto en estos detalles, que parecen extraños á mi narración, pero que sirven sin embargo para explicarla. La fuente del genio se halla muchas veces en la sangre de donde se descende, y algunas otras, la familia á que uno pertenece es el mejor vaticinio de la suerte que se aguarda.

III

La educación de Mirabeau fué brusca y cruel como la mano de su padre, llamado el *amigo de los hombres*, pero que por su carácter turbulento y su vanidad egoísta vino á ser el perseguidor implacable de su mujer y el tirano de sus hijos. No se le enseñó más virtud que la del honor, nombre con que se designaba entónces lo que, como hoy, no suele ser más sino un exterior probo tras el cual se oculta el vicio más refinado. Habiendo empezado á servir desde muy jóven, no adquirió más costumbres militares que las del libertinaje y una funesta pasión por el juego. El brazo implacable de su padre le alcanzaba doquier se hallase, no para levantarle en sus frecuentes caídas, sino para hundirle más y más, haciéndole pagar sin compasión las consecuencias de sus deslices. Pasó su juventud en las prisiones del Estado, envenenáronse sus pasiones en la soledad de los calabozos, aguzóse su ingenio en los hierros de las rejas de éstos, y su alma perdió allí aquel pudor que raras veces sobrevive á la infamia de castigos tan prematuros. Libre de su encierro

y autorizado por su padre para intentar un casamiento difícil, solicita la mano de la señorita de Marignan, rica heredera de una de las primeras casas de la Provenza, y no hay medio de que no se valga para conseguir su intento, desde la astucia más ratera hasta el valor más heroico. Lógralo al fin; pero apenas se halla ligado con los lazos santos de himeneo, cuando víctima de nuevas persecuciones ve cerrarse tras sí las puertas de la fortaleza de Pontarlier. Un amor que las *Cartas á Sofia* ha hecho inmortal rompe sus nuevas cadenas, y cómplice de un doble adulterio, huye con la esposa del anciano Monnier, y ambos se refugian en Holanda, donde permanecen algunos meses. Alcanzados y sorprendidos allí los adúlteros, vense separados violentamente y ambos son conducidos á un encierro, que para ella es un convento, y un torreón de Vincennes para él. El amor que á manera de un oculto volcan respira algunas veces á través de los destinos de los grandes hombres, concentra en un solo foco abrasador todas las pasiones de Mirabeau. Si se venga, es por satisfacer al amor ultrajado; en su pasión á la libertad, amor es quien le impulsa, y amor es quien le ilustra en el estudio. Hombre oscuro y desconocido entra en el calabozo, pero el amor hace que salga de él escritor y hombre de Estado, si bien pervertido y dispuesto á todo, hasta á venderse por adquirir fortuna y celebridad.

El drama de la vida se ha desarrollado completamente en su mente; fáltale un escenario, pero el tiempo se lo prepara. En el corto intervalo de años que media desde su salida del torreón de Vincennes hasta que sube por primera vez á la tribuna de la Asamblea nacional, reúne y ordena trabajos que hubieran hecho sucumbir á cualquiera otro hombre, y que á él apenas le fatigan.

El Banco de San Carlos, las instituciones de Holanda, la obra sobre Prusia, el pugilato con Beaumarchais, su estilo, sus informes sobre cuestiones de guerra, de hacienda ó de equilibrio europeo, sus acres invectivas, sus luchas de palabras con los ministros ó con los hombres populares del momento, son un remedo del foro romano en los días de Clodio y de Ciceron. Percíbense ya á lo léjos los primeros rumores de los tumultos populares, que van á estallar muy pronto y que deben apagarse al eco de su voz de trueno. Rechazado con desprecio por la nobleza en las primeras elecciones de Aix, se precipita en brazos del pueblo, seguro de hacer inclinar la balanza hácia el lado en que arroje como contrapeso su audacia y su genio. Marsella disputa á Aix el gran plebeyo, y sus dos elecciones, los discursos que pronuncia y la energía que despliega son el asunto de la conversacion de todos los franceses, al paso que sus altisonantes palabras se convierten en proverbios de la revolucion. Comparándose él mismo en sonoras frases á los hombres de la antigüedad, logra colocarse en la imaginacion del pueblo á la altura de los personajes que pone ante sus ojos, y el pueblo incauto se habitúa á confundirle con los hombres que cita enfáticamente. Mueve mucho ruido con el objeto de preparar los espíritus para las grandes conmociones, y se anuncia con altivez á la nacion con este apóstrofe sublime de su alocucion á los marseleses: «Cuando espiró el último Graco,—les dice,—cogió un puñado de polvo y lo arrojó hácia el cielo, y de este polvo nació Mario; Mario, ménos grande por haber derrotado á los cimbras que por haber humillado en Roma la aristocracia de la nobleza».

Desde su entrada en la Asamblea nacional la llena toda, y él solo es allí el pueblo entero. Sus menores ademanes son órdenes terminantes; cuantas mociones

hace son otros tantos golpes de Estado. La nobleza se siente vencida por este hombre salido de su seno, y el clero, que es pueblo y que aspira á introducir la democracia en la Iglesia, le presta su apoyo para derribar la doble aristocracia de los nobles y de los obispos. En pocos meses cae lo que se habia edificado en muchos



Mirabeau.

siglos, y sólo Mirabeau permanece dominando sobre tantos despojos. Aquí cesa su papel de tribuno y da principio el de hombre de Estado. En éste se manifiesta aún más grande que en el anterior, y cuando todo el mundo anda á tientas, sólo él acierta, sólo él se dirige con planta firme hácia el objeto propuesto. La revolucion en su cabeza no es ya sino un plan perfectamente combinado, y la filosofía del siglo XVIII, moderada por la prudencia del hábil político, mana de sus labios con todas sus formas. Su elocuencia imperante como la ley consiste únicamente en saber dar alma y buen giro á sus discursos, ilustrando á todos con sus palabras y seduciéndolos con el modo de decirlas. Aislado y casi solo desde este momento, tiene la fortaleza de ánimo suficiente para arrostrar cuantos peligros puedan sobrevenirle, y apoyado en el sentimiento de su superioridad, no titubea en desafiar á la

envidia, á los odios y á las murmuraciones de todos las demas. Desde el momento en que las pasiones que le han acompañado constantemente no le son de ninguna utilidad por haber triunfado de cuantos obstáculos se le oponian, arrójalas de sí con desden, y no habla ya á los hombres sino en nombre de su talento. Este título es suficiente para que se le obedezca, y su poder estriba en el asentimiento que halla la verdad en las almas. Elévase este hombre extraordinario sobre todos los partidos, aunque todos le detestan porque los domina, si bien todos tratan de atraérsele porque puede perderlos ó servirlos. Con todos negocia, y á ninguno se entrega. Impasible, establece sobre el elemento tumultuoso de esta Asamblea las bases de la Constitucion reformada: legislacion, hacienda, diplomacia, guerra, religion, economía política, equilibrio de los poderes, todo es de su inspeccion, y se basta solo para zanjar cuantas cuestiones se presentan, no como un mero utopista, sino como un hábil político. La solucion dada por él es siempre un término medio entre lo ideal y lo positivo. Pone la razon al alcance de las costumbres, y las instituciones en armonía con los hábitos. Quiere un trono para apoyar la democracia, y al mismo tiempo libertad en las Cámaras y que la voluntad de la nacion sea única é irresistible en el gobierno. El carácter de su talento, en parte definido y en parte desconocido, consiste ménos en la audacia que en la exactitud de sus cálculos. Bajo la majestad de la expresion, posee en sumo grado la infalibilidad del buen sentido, y así aun sus mismos vicios pueden prevalecer sobre la lucidez y la sinceridad de su inteligencia. Cuando se halla al pié de la tribuna, es un hombre sin virtud ni pudor; en cuanto sube á ella, es un completo hombre de bien. En su vida privada, aunque solicitado por las potencias extranjeras y vendido á la corte para satisfacer sus costosos caprichos, conserva, á pesar de este tráfico vergonzoso de su carácter, la incorruptibilidad de su genio. De todas las virtudes de un gran hombre de su siglo, no le falta otra que la hombría de bien. El pueblo no es para él una creencia, sino un instrumento; su Dios es la gloria, su fe la posteridad, su conciencia la idea que concibe. Frio materialista, como una gran parte de los hombres de su siglo, nada ve más allá de esta vida frágil y perecedera. «Cubridme de perfumes y coronadme de flores,—dice á los que le rodean al tiempo de morir,—porque voy á entrar en el sueño eterno.» Este hombre es todo materia, y ni su carácter, ni sus obras, ni aun sus pensamientos, se hallan consagrados con un solo signo de inmortalidad. Si hubiese creído en Dios, quizá hubiera sido un mártir; pero hubiera dejado en pos de sí la religion de la razon y el reino de la democracia. En una palabra, Mirabeau es la razon de un pueblo, mas no la fe de la humanidad.

IV

Magníficas apariencias exteriores de dolor cubren con sus negros crespones los sentimientos secretos que la muerte de Mirabeau inspira á todos los partidos. ¿Qué es lo que pasa en el fondo de los corazones, en tanto que el lúgubre clamoreo de las campanas y el horrisono estampido del cañon se hacen sentir en medio de la fúnebre pompa á que acuden doscientos mil espectadores que tribulan á un simple ciudadano honores que sólo al soberano se concedieran hasta aquel dia? Vamos á verlo.

El rey, que tenia á su sueldo la elocuencia de Mirabeau, y la reina, que habia

tenido con él varias conferencias en medio del silencio de la noche, quizá le echaban de ménos como último instrumento de salvacion; sin embargo, el terror que les inspiraba era superior á la confianza que en él tenian, y la humillacion que siente un rey al verse obligado á implorar el socorro de un vasallo, por poderoso que éste sea, debia encontrar un gran alivio al considerar que aquel elemento destructor habia caido ántes que el trono. Con su muerte quedaba vengada la corte de los bochornos que la habia hecho sufrir, y la aristocracia irritada se gozaba en ella, porque cada servicio de los que aquel hombre habia prestado á la causa popular, era una injuria hecha á su altivez hereditaria. Mirábase como un apóstata de su órden, y consideraba como el mayor extremo de degradacion el llegar á verse ensalzada algun dia por el mismo que la habia derribado con tanto estrépito. La Asamblea nacional estaba cansada de la superioridad que un solo hombre habia ejercido sobre ella, y el duque de Orleans conocia que una palabra de Mirabeau hubiera sido suficiente para reducir á la nada su prematura ambicion. Mr. de Lafayette, el héroe de la gente del buen tono, temia al orador del pueblo, y entre el dictador de la ciudad y el de la tribuna debia mediar necesariamente una secreta envidia.

Mirabeau no habia atacado nunca de frente á Lafayette en sus discursos, pero en las conversaciones particulares habia soltado ciertas palabras respecto á su rival, que habian caido sobre él como gotas de plomo derretido. Muerto Mirabeau, aparecia Lafayette mucho más grande, y lo mismo sucedia á todos los oradores de la Asamblea. Mirabeau no habia tenido nunca rivales; lo que no le faltaban eran envidiosos de su gloria. Su elocuencia, por popular que fuese, era la de un patricio. Su democracia nada tenia de ese sentimiento de codicia y de odio que remueve las pasiones más bajas del corazon humano, y que no ve en los beneficios que al pueblo se dispensan sino un insulto hecho á la nobleza. Sus sentimientos populares no eran en cierto modo más que una prodigalidad de su genio, y las grandes expansiones de su alma no tenian ninguna semejanza con los mezquinos arrebatos de los demagogos. Conquistando derechos para el pueblo, parecia ser él quien se los concedia, y el título que mejor conviene á Mirabeau es el de voluntario de la democracia. El papel que desempeñaba y su imponente actitud recordaban demasiado á los otros demócratas que se hallaban en una escala inferior, que desde los Gracos hasta él los tribunos más poderosos y que más habian hecho por el pueblo habian salido de la clase de los patricios. Su talento sin igual con respecto á la filosofia del pensamiento, á la extension de la reflexion y á la grandiosidad del decir, era otra especie de aristocracia que tampoco se le perdonaba. La naturaleza le habia hecho ser el primero entre todos sus contemporáneos; la muerte abria un camino á todos los que estaban detras de él, que iban á disputarle encarnizadamente un puesto que ninguno de ellos habia sido capaz de conquistar. Las lágrimas que estos hombres derramaban sobre su sepulcro eran fingidas. Sólo el pueblo lloraba de corazon, porque el pueblo es demasiado fuerte para ser envidioso, y porque, léjos de echar en cara á Mirabeau su nacimiento, veia en la nobleza de que se hallaba investido un despojo cogido en el campo de la aristocracia. Además, inquieta la nacion por ver caer una tras otra todas sus instituciones, temia un trastorno general en el órden social, y conocia por instinto que el genio de aquel gran hombre era el único apoyo, la sola fuerza que le quedaba. Extinguido este genio,